

1877 **ALZAMORA, ISAAC.** *La verdad.*

La verdad / Isaac Alzamora. – Lima, 1877.

6 p.; 32 cm. Texto manuscrito.

Tesis (Dr.) - UNMSM, Facultad de Letras, 1877.

Contenido: “Hay ideas que tienen el privilegio de alumbrar todas las demás y de no ser iluminadas por ninguna y que aplicadas con el más grande acierto por todas las inteligencias no están claramente definidas sino en muy pocas de ellas “.

Ubicación: Archivo Histórico, UNMSM.

CAJA 2 (164/XXIV)

Folios 73-75

TESIS PARA DOCTOR DE LA FACULTAD DE LETRAS

ISAAC ALZAMORA

LA VERDAD¹

Sr. Rector:

Señores:

Hay ideas que tienen el privilegio de alumbrar a todas las demás y de no ser iluminadas por ninguna y que aplicadas con el más grande acierto por todas las inteligencias no están claramente definidas sino en muy pocas de ellas. Y es que esas ideas primitivas y por decirlo así constitutivas del espíritu, tienen en si una luz tan propia y tan poderosa, que a la vez que pueden reflejarla en abundancia sobre todas las otras, no permiten que se refleje en ellas ninguna que les sea extraña ni que se les contemple de frente con el auxilio de su propio resplandor, porque éste hiere y ofuzca, a causa de su mismo poder. Para encerrar en una formula el concepto de esas ideas, es preciso concentrarse no en ellas mismas, sino en las aplicaciones que de ellas hace el espíritu, buscar los elementos dispersos de ese foco en cada uno de los puntos en que su luz se ha reflejado y por un esfuerzo poderoso de reflexión y de generalización, reconstituirlo en toda su integridad.

Es así como el buen sentido vulgar, es la fuente más pura de las inspiraciones del filósofo, y como hasta los más humildes pueden aspirar a este titulo, con solo tener la voluntad de ejercer ese poder concedido a todos de observar los movimientos espontáneos de su propio espíritu.

Pero la reflexión, que tal es el nombre por la filosofía para designar esa observación anterior, la reflexión digo es lenta y penosa, y, lo que es peor, no siempre fecunda; porque a menudo nos sentimos rendidos antes de haber llegado al punto preciso para coger el fruto. Y aún después de obtenido este, es difícil conservarlo en toda su frescura y lozanía; porque para llegar hasta él, ha sido preciso tal y una concentración tan grande de nuestras facultades que cuando el espíritu vuelve a su estado ordinario desaparece la lucidez con que percibimos nuestro objeto en el momento supremo de la inspiración. Es también por esto que las ideas de que hablo, antiguas como el espíritu humano, definidas muchas de ellas desde el nacimiento de la filosofía, no son viejas nunca; porque por mas que se las circunscriba y se les determine, siempre

¹ Caja 2 (164/XXIV) Inicio del folio 73

son bastante elevadas para salir de la esfera de las concepciones ordinarias y ofrecer un punto objetivo para esfuerzos que recobran y engrandecen el espíritu.

Y ya que no tengo ningún principio nuevo que ofreceros, me he fijado en una de las ideas de que hablo, para hacer de su análisis el tema de este trabajo, y sacar así de mi objeto, un partido que desconfiaba obtener de mis fuerzas. La idea a que me refiero y que ha acogido sin elegir, porque se ha presentado a mi espíritu² la primera, entre las demás de su especie es la idea de la verdad.

Empecemos por consagrar acerca de ella la concepción del buen sentido.

Estamos en la verdad cuando la idea de que tenemos de las cosas es conforme con las cosas mismas.

He aquí una fórmula muy sencilla y cuya exactitud nadie niega y para todos aclara y sin embargo ella es el resultado de la reflexión del espíritu sobre si mismo, para averiguar todos los casos a que aplica espontáneamente nuestra idea y encerrarlos luego en una generalidad. Esa fórmula comprende pues ya una serie de investigaciones filosóficas que puse por alto en el camino de este análisis. Para ello tengo sin embargo una razón.

Así filosófica como es la fórmula de que hablo, ha pasado a ser del dominio del buen sentido, porque el espíritu humano se ha elevado, tanto, que hoy no hay hombre medianamente ilustrado que no perciba a primera vista el principio que acabo de sentar. Olvidan esto los que piensan que eso que se llama el sentido común no varía nunca, y lo olvidan también los que afirman que fuera de los progresos materiales no hay progreso ni para el espíritu ni para la filosofía que lo estudia y lo engrandece.

Dejo pues sentado el principio y continuo mi análisis.

Estamos en la verdad siempre que nuestro pensamiento acerca de las cosas se halla en conformidad con las cosas mismas. Pero nuestro pensamiento pasa, en tanto

² Inicio del folio 74 ídem.

que la verdad queda. Esas ideas no se van efectivamente con los hombres que las concibieron. Y prescindiendo de esto que es una verdad incuestionable concebimos que desaparezcan todos los hombres y todos los espíritus finitos como ellos, sin que se menoscabe un átomo de la verdad que ha sido anterior a todos y es imperecedera. Luego la verdad es algo independiente y superior al pensamiento humano y a todos los que se le parezcan, aunque puede escistir en esos pensamientos. Y sin embargo no podemos concebir la verdad sin una inteligencia infinita. De este modo a la vez que avanzamos un paso en nuestro análisis, consignamos la más grande prueba de la existencia de Dios.

La verdad debe ser pues la conformidad entre el pensamiento de Dios y las cosas. Mas el pensamiento de Dios es anterior a las cosas mismas, de tal modo que no son sus ideas la percepción de las cosas, sino el pensamiento de Dios realizado. De lo cual hace, que al punto que una cosa existe, queda establecida la relación entre ella y el pensamiento divino y que en consecuencia cada existencia significa una verdad; viniendo a que dar así comprobada la profunda exactitud con que dijo San Agustín que la verdad es la realidad.

He³ aquí una nueva fórmula que no está ya al alcance del sentido común y que sin embargo es muy clara después del análisis que precede.

Mas las realidades se acaban y la verdad es eterna. Solo hay una realidad que no acaba de donde nacen y a donde van a parar todas las demás. Esa realidad es también Dios. La verdad es pues la relación entre el pensamiento de Dios y Dios mismo, o en otros términos la idea de Dios que tiene de si mismo. Idea inmensa que comprende todas las escistencias y que sola que llena la inteligencia del Hacedor del universo.

He allí la ultima fórmula cuando se ha llegado hasta aquí, claro es que no se puede ir mas lejos. Es preciso descender. Mas la senda de regreso está iluminada por la antorcha que ha cogido uno en lo alto. Si quisiéramos emprenderla, veríamos ahora consignadas en otras tantas formulas todas las distintas aplicaciones de la verdad y contemplaríamos las diferentes clases de ellas agrupadas en otras ciencias y

³ Inicio del folio 75 ídem.

subordinadas entre si; según su dependencia y formando todas el imponente y armónico plano del saber, muchas de cuyas comarcas llevan todavía la nota de lo inexplorado.

Pero en vez de seguir fatigando nuestra atención, prefiero dejar reposar en la elevadísima región a que me ha conducido este análisis.

Lima, noviembre de 1877

ISAAC ALZAMORA

V.B. Sebastián Lorente